

Ferdinand von Schirach

¿Por qué no puedo responder a las preguntas sobre mi abuelo?

Es abogado penalista, pero se ha convertido en uno de los hombres de letras más importantes en Alemania. Prueba del reconocimiento de Ferdinand von Schirach (Múnich, 1964) son sus ya numerosos premios, pero también hechos como el que haya sido el orador para inaugurar el Festival de Salzburgo en 2017, donde se le honra al ponerlo en una línea con los intelectuales más respetados del espacio germánico en el último siglo. Su primer libro, *Verbrechen* (2009) (traducido al español: «Crímenes», 2011), reelaboración de casos que habían pasado por su despacho, lo encumbró. El texto que aquí ofrecemos lo publicó con ocasión de su novela *Der Fall Collini* (2011) (traducida al español: «El caso Collini», 2013). Sus libros están publicados en España por Salamandra. El abuelo de Ferdinand von Schirach era Baldur von Schirach, un alto cargo del régimen nazi, responsable del exterminio de los judíos de Viena.



Ferdinand von Schirach.

Foto: © Wikimedia Commons.

«Cuando era pequeño, mi abuelo salió de la cárcel. Entonces yo tenía dos años. Mi familia vivía en el barrio Schwabing de Múnich, en una bonita casa del siglo XVIII, cubierta de hiedra y de enredaderas silvestres. Los pasillos estaban un poco torcidos, algunas losas de piedra rotas, la puerta principal atascada. Otra puerta verde oscuro conducía afuera, a la calle adoquinada; detrás de la casa había un laberinto de rosales y una fuente con un cupido desnudo. Solo llevaba el arco, la flecha se había perdido.

No recuerdo la puesta en libertad de mi abuelo. Todo lo que sé proviene de relatos, fotos y películas. Mi padre y sus hermanos lo recogen en un auto negro frente a la puerta de la prisión. Ante la puerta se sitúa una tribuna para la prensa, colocada especialmente para la ocasión. Mi padre viste un traje oscuro ajustado, es muy joven y muy inseguro. Mi abuelo está delgado. Luego, las imágenes del

jardín en Múnich. Henri Nannen se sienta a su lado en una vieja silla de hierro para jardín, realiza las primeras entrevistas importantes. Mi familia está un poco alejada, detrás, debajo de un castaño. Mi abuelo habla despacio, con un acento extraño, de Weimar. Cuando se escuchan las entrevistas, irrita que estas personas también tuvieran acento: Speer hablaba el dialecto de Baden. Entonces todos afirmaron que mi abuelo se expresaba de tal manera que lo que decía estaba «listo para imprimir» sin que hubiera que tocar nada, pero eso es una tontería. Se habían concertado las preguntas de los periodistas y las respuestas él las había ensayado. No hallaba sentido a lo que respondió mi abuelo.

Cuando tenía cuatro años, nos mudamos a vivir con la familia de mi madre cerca de Stuttgart. Mi abuelo llegó poco tiempo después. Vivíamos en un parque que mi bisabuelo había trazado antes de la Primera Guerra Mundial: árboles altos y viejos, una casa con columnas y una escalinata, estanques, un centro de jardinería. Mi padre iba a pescar conmigo y me llevaba a cazar. Era un mundo en sí mismo. La mayor parte del tiempo yo estaba solo. Todavía no sabía quién era ese abuelo, que poseía una colección de bastones, algunos con botellitas de licor o relojes incorporados; uno contenía un florete, otro parecía el bastón del pequeño Muck. Mi abuelo y yo dábamos un paseo hasta un quiosco, fuera del parque, todos los días. Tenía que caminar despacio porque en la cárcel se había quedado casi ciego de un ojo, desprendimiento de retina. A veces la gente le hablaba en la calle, pero eso no me gustaba. Y jugábamos a las tres en raya todos los días; él

siempre ganaba con el mismo truco. Cierta día pensé hasta que comprendí cómo lo hacía. Después, dejó de jugar conmigo. Entonces yo tenía cinco o seis años. En mi familia no se hablaba mucho con los niños. También había algo bueno en ello. Nos dejaban en paz, vivíamos en nuestro

mundo propio. Pero se imponía una atmósfera que no podía explicar. Crecí de manera diferente a los niños locales, apenas tuve contacto con ellos. Las cosas siguieron siendo extrañas para mí y nunca me sentí del todo en casa. No podría decirle eso a nadie, tal vez los niños nunca puedan decir algo así.

En casa nadie pronunciaba la palabra «prisión», solo se hablaba de «Spandau». Pero en algún momento escuché a un visitante decir que mi abuelo había estado encerrado durante mucho tiempo. Lo encontré emocionante porque había leído un libro sobre el pirata sir Francis Drake. Admiraba mucho a Drake y a Drake lo habían encerrado. Le pregunté a mi madre qué había hecho mi abuelo. No recuerdo lo que contestó, fue una explicación muy larga con muchas palabras que no entendía. Pero sí recuerdo el timbre de su voz, que en aquella ocasión sonaba diferente. Debe de ser algo malo, pensé, tal vez una maldición como en un cuento de hadas.

De repente, mi abuelo se fue. No se despidió de mí. Mucho después descubrí que quería estar solo. Se mudó

¿Por qué él, que disfrutaba escribiendo sobre Goethe y que convirtió a Richard Strauss en el padrino de un hijo, no se daba cuenta cuando la quema de libros que estaba del lado de los bárbaros?

a una pequeña pensión junto al río Mosela. Estaba cansado de todo después de veinte años de cárcel. Lo vi de nuevo poco antes de su muerte. Ese día me interesé por el río, los viñedos y un burro que vivía allí y enseñaba los dientes todo el tiempo. Mi abuelo era un anciano con un parche en el ojo al que no conocía. No recuerdo si me habló en todo aquel día. Pidió que se pusiera la siguiente inscripción en su lápida: «Yo era uno de vosotros». Una frase horrible.

Cuando tenía diez años fui a un internado jesuita. Por supuesto que era demasiado joven, pero de alguna manera funcionó porque todos éramos demasiado jóvenes. Recibimos cartillas postales de ahorro para nuestro dinero, para los gastos ordinarios, cuatro marcos al mes. El primer lunes de cada mes, los padres jesuitas nos entregaban las libretas e íbamos a la oficina de correos a retirar el dinero. Se hacía una larga cola. El empleado aún apuntaba los números a mano. La tercera o cuarta vez me hizo señas para que me adelantara. Dijo que conocía a mi abuelo, sus ojos brillaban. Me comentó que podía acudir a él directamente sin hacer cola. Salí corriendo. Esa tarde un padre jesuita trató de explicarme qué era el nacionalsocialismo, qué había hecho mi abuelo y por qué había terminado en la cárcel. Seguía siendo confuso y sonaba como una historia de un libro de Tolkien sobre seres extraños.

A los doce años comprendí por primera vez quién era mi abuelo. Había una foto de él en nuestro libro de historia: «Baldur von Schirach, jefe de la juventud del Reich». Es como si lo viera ahora: mi nombre estaba en nuestro libro escolar. En la otra página había una foto de Claus

von Stauffenberg, y debajo: «Combatiente de la resistencia». Combatiente sonaba mucho mejor. A mi lado se sentaba un Stauffenberg, un nieto como yo, todavía somos amigos hoy. Él tampoco conocía más que yo de todo esto.

Pasó algún tiempo más antes de que el nacionalsocialismo fuera explicado. Para entonces también había un Speer, un Ribbentrop y un Lüninck en mi clase. Descendientes de los perpetradores nazis y de la resistencia, todos en la misma aula. Mi primer gran amor fue una Witzleben. La historia parecía una cosa, mi vida parecía otra muy distinta.

En casa pude hablar con todos más tarde sobre este tiempo del nacionalsocialismo. No había secretos; quizás la única ventaja de un apellido como el mío es que no se puede ocultar nada. Tuvimos discusiones interminables. Uno de mis tíos escribió un libro sobre mi abuelo. Nunca entendí por qué mi abuelo se convirtió en quien era. El hermano mayor de mi abuelo, Karl, se suicidó en su internado en Roßleben. Tenía dieciocho años. Se dice que no pudo hacer frente al hecho de que el káiser hubiera abdicado, pero cuando murió, sobre su mesa había un libro abierto de los discursos de Buda. La hermana de mi abuelo, Rosalind, se convirtió en cantante de ópera. El padre de mi abuelo era director artístico en el Teatro de Weimar, la madre de mi abuelo era estadounidense. Tengo una foto de ella, una mujer hermosa de cuello estrecho. Era descendiente de los

En 1943, en Posen, [mi abuelo] escuchó el discurso secreto de Himmler sobre la aniquilación de los judíos; sabía sin duda alguna que los estaban matando

inmigrantes del «Mayflower»; uno de sus antepasados había firmado la Declaración de Independencia de Estados Unidos, otro era gobernador de Pensilvania. Los Schirach habían sido jueces, historiadores, científicos y editores. La mayoría de ellos sirvieron al Estado y publicaban libros desde hacía cuatrocientos años. Mi abuelo creció en este mundo de clase alta, un niño protegido y suave. En las primeras imágenes parece una niña. Hasta los cinco años solo hablaba inglés. Tenía diecisiete años cuando conoció a Hitler. A los dieciocho se unió al NSDAP. ¿Por qué alguien que sale a dar un paseo por un jardín inglés por las mañanas mientras estudia, se entusiasma tanto con lo sórdido y lo ruidoso? ¿Por qué le atraen los matones, los hombres con cuellos afeitados como de toro y las bodegas de cerveza? ¿Por qué él, que disfrutaba escribiendo sobre Goethe y que convirtió a Richard Strauss en el padrino de un hijo, no se daba cuenta cuando la quema de libros que estaba del lado de los bárbaros? ¿Era demasiado ambicioso, demasiado inestable, demasiado joven? ¿Y cuál era el sentido de lo que hacía? «¿Qué me pasó?», dicen que fueron sus últimas palabras. Una buena pregunta, pero sin respuesta.

Más tarde, durante mis estudios, leí todo sobre los Juicios de Núremberg. Traté de comprender los mecanismos de esa época. Pero los intentos de explicación de los historiadores son inútiles si se trata del propio abuelo. El mío iba a su palco en la Ópera de Viena, todo un hombre de la cultura como se dice, y al mismo tiempo ordenaba el bloqueo de la Hauptbahnhof (una de las estaciones de trenes de Viena) para que se transportara a los judíos. En 1943, en Posen, escuchó el discurso secreto de Himmler sobre

la aniquilación de los judíos; sabía sin duda alguna que los estaban matando.

Me han preguntado por él innumerables veces. De todas las formas imaginables: de modo abierto, indignado, enojado, admirado, compasi-

vo, emocionado. Ha habido amenazas de muerte y cosas peores. A veces es demasiado. Pero todo esto se vuelve indiferente cuando pienso en Viena. Irrelevante. Ahora me vuelven a preguntar por él en las entrevistas sobre mi nuevo libro. Se quiere saber si mi vida hubiera sido diferente sin este nombre, si hubiera elegido una profesión diferente, si por él estaba lidiando con la culpa. Esas preguntas son normales. Los periodistas son educados, pero también les resulta un poco extraña mi forma de comportarme: cancelo las citas si creo que están demasiado centradas en él. Creen que me evado, y tienen razón. No puedo contestar: no lo conocía, no podía preguntarle nada y no lo entiendo. De ahí este texto. Es la primera vez que escribo sobre él y será la última.

Los crímenes se investigan en los tribunales. El juez comprueba si el acusado fue el autor, tras lo cual sopesa su culpabilidad. La mayoría de los convictos no son muy diferentes de nosotros. Tropezaron, se salieron de la sociedad normal, creían que su vida no tenía salida. A menudo es solo una casualidad que una persona se convierta en un agresor o en una víctima. El asesinato de un ser querido y el suicidio están muy cerca.

A menudo es solo una casualidad que una persona se convierta en un agresor o en una víctima. El asesinato de un ser querido y el suicidio están muy cerca

Lo que hizo mi abuelo es completamente diferente. Sus crímenes fueron organizados, sistemáticos, fríos y precisos. Se planificaron en el escritorio, hubo para ello memorandos, reuniones y él siguió tomando sus decisiones. El transporte de los judíos de Viena fue su contribución a la cultura europea, dijo él entonces. Después de una frase como esa, es ya superflua cualquier pregunta adicional y cualquier juego psicológico. A veces, la culpa de una persona se vuelve tan grande que nada más importa. Por supuesto, el Estado mismo era criminal, pero eso no excusa a hombres como él porque ellos crearon ese Estado. Mi abuelo no rompió la piel delgada de la civilización: sus decisiones no fueron fruto de la adversidad, ni del descuido. Hoy nos preguntamos en un proceso penal si el acusado era consciente de lo que hacía, si entendía, si aún podía distinguir el bien del mal. Todo esto se responde rápidamente para mi abuelo y por eso su culpa pesa mucho. Procedía de una familia con cargos de responsabilidad desde hacía siglos. Su infancia fue feliz, había recibido una buena formación, el mundo estaba abierto para él y fácilmente podría haber elegido otra vida. No era inocentemente culpable. Siempre son los requisitos previos de una persona los que, en última instancia, determinan la medida de su culpa.

La culpa de mi abuelo es la culpa de mi abuelo. El Tribunal Federal de Justicia estipula que la culpa es lo que se puede achacar personalmente, a un ser humano. No hay castigo colectivo, no hay culpa heredada, y cada persona tiene derecho a su propia biografía. En mi libro [«El caso Collini»] no escribo sobre él o su generación. No sé nada de estos hombres que no se haya dicho e investigado mil veces. Estoy más

interesado en nuestro mundo de hoy. Escribo sobre el sistema de justicia de la postguerra, sobre los tribunales de la República Federal que dictaron sentencias crueles, sobre los jueces que impusieron solo cinco minutos de prisión por cada

asesinato de un criminal nazi. Es un libro sobre los crímenes en nuestro Estado, sobre la venganza, la culpa y las cosas en las que todavía hoy fracasamos. Creemos que estamos a salvo, pero ocurre lo contrario: podemos volver a perder nuestra libertad. Y con ella lo perdemos todo. Se trata ahora de nuestras vidas y es nuestra responsabilidad.

Al final de mi novela [«El caso Collini»], la nieta del nazi le pregunta al joven abogado defensor: «¿También yo soy todo eso?». Él le contesta: «Tú eres quien eres». Es mi única respuesta a las preguntas sobre mi abuelo. Me ha llevado mucho tiempo llegar a ella. >>> ■

La culpa de mi abuelo es la culpa de mi abuelo (...). No hay castigo colectivo, no hay culpa heredada, y cada persona tiene derecho a su propia biografía

Este texto de Ferdinand von Schirach, «Du bist, wer du bist. Warum ich keine Antworten auf die Fragen nach meinem Großvater geben kann» («Eres quien eres. Por qué no puedo dar respuestas a las preguntas sobre mi abuelo»), está publicado en el libro *Die Würde ist Antastbar* («La dignidad es violable») de la editorial btb, 2017 (sexta edición; la primera es de 2014), pp. 37-46.

Traducción del alemán de José Manuel Grau Navarro.

Contra la culpa heredada

¿Purgan los hijos la culpa de los padres? Una parte de la tradición bíblica afirma que no. Ezequiel (18,20), por ejemplo, subraya: «El que peca es el que morirá; el hijo no cargará con la culpa del padre, ni el padre cargará con la culpa del hijo». El escritor y abogado penalista Ferdinand von Schirach (Múnich, 1964) se apunta a esa escuela y lo expresa de esta forma: «No hay castigo colectivo, no hay culpa heredada, y cada persona tiene derecho a su propia biografía».

Pero las tinieblas de la Alemania de Hitler enredan hasta extremos insospechados y del propio fragmento de lectura seleccionado en estas páginas se desprende que Ferdinand von Schirach le ha dado muchas vueltas a su linaje. Durante años ha examinado lo que ocurrió con el nacionalsocialismo y, en especial, ha escudriñado la biografía de su abuelo. Podemos convenir en que «no hay culpa heredada». Más difícil es defender que no hay trauma heredado.

Nuestro autor afirma que no volverá a escribir sobre quien fue jefe de las juventudes del Reich (su abuelo). Sin embargo le interesan los relatos sobre la justicia en la República Federal, la parte de Alemania que existió desde 1949 hasta la reunificación con la República Democrática, en 1990. Así sucede en su novela *El caso Collini*. Dice Schirach: «Estoy más interesado en nuestro mundo de hoy. Escribo sobre el sistema de justicia de la postguerra, sobre los tribunales de la República Federal que dictaron sentencias crueles, sobre los jueces que impusieron solo cinco minutos de prisión por cada asesinato de un criminal nazi».

¿No es lo anterior un reflejo de la inquietud relacionada con el delito y la expiación por la Alemania de Hitler? La complicidad con el nazismo se ha convertido en un lugar común dentro de la tradición literaria de postguerra. Dos premios Nobel alemanes de Literatura, Heinrich Böll (1917-1985) y Günter Grass (1927-2015), han mostrado en su obra la perplejidad por los subterfugios nazis en la vida de la República Federal. En el caso de Grass, hay que añadir el desdoro de que señaló a muchos y ocultó hasta el final de sus días que él mismo había sido un nazi auténtico. El canciller de la reunificación, Helmut Kohl (1930-

EL CASO
COLLINI
FERDINAND
VON SCHIRACH



narrativa
salamandra

CRÍMENES
FERDINAND
VON SCHIRACH



narrativa
salamandra

FERDINAND VON SCHIRACH

DIE WÜRDE
IST
ANTASTBAR

hib



De izquierda a derecha, portadas de *El caso Collini* y *Crímenes*, títulos publicados en España por Salamandra. A la derecha, *Die Würde ist Antastbar* («La dignidad es violable»), aún no traducido al español.

2017), confesaba con alivio que había nacido en 1930, y que por lo tanto no había podido ser seguidor de Hitler de ninguna manera. Llamaba a eso «la gracia de haber nacido tarde». El nacionalsocialismo pervive como conmoción emocional gigantesca de alemanes y austriacos.

¿A qué se debe el éxito de Ferdinand von Schirach?, se preguntaron los críticos alemanes cuando con *Verbrechen* (2009) saltó a la fama. Desde luego, a que escribía bien. Pero también al efecto de la combinación de las palabras «Von Schirach» (nazismo y glamur de apellido) con *Verbrechen* (*Crímenes*, una temática que vende).

Durante cierta velada le pidieron a Gustave Flaubert (1821-1880) que redactara unas letras a un amigo enfermo, que no había podido ir a saludarlo. El escritor se retiró a una habitación y permaneció allí una hora. Salió y entregó la carta. Había anotado solo una frase: «¡Que te mejores!». No se le ocurrió nada mejor.

Es significativo que esa anécdota la cuente Schirach. En literatura se aparta del manierismo y de los adornos supérfluos. Es seco y directo. Su estilo quedó definido en el ya mencionado *Crímenes*. Son once relatos cortos, con frases breves y claras. 190 páginas. La novela se lee de un tirón. Incorpora en cada historietta, en un momento dado, al abogado penalista que es él, el «yo» de la historia. Mezcla realidad y ficción. A esos patrones de estilo permanece fiel, ahora en dos géneros más: el teatro y el ensayo. / **JOSÉ MANUEL GRAU NAVARRO**